

sar una ley en favor de los latinos, fué muerto en su casa, extrangulado quizá. Hay quien achaque a Cornelia, suegra de Scipion, una parte en este asesinato: el vencedor de Numancia habia mostrado gran repugnancia por su esposa... Metellus, un modelo de las antiguas virtudes en aquel horroroso tiempo, enemigo personal de Scipion, hizo que sus cuatro hijos cargasen el féretro: «Jamás, les dijo, tendreis ocasion de rendir un homenaje igual á un hombre más grande.» Efectivamente, sin ser Scipion un hombre de génio, pocos, en los anales de Roma, podrán igualársele en pureza moral, en generosidad política, ni en amor á su país.

Después de la muerte de Scipion la agitacion democrática tomó creces; el programa de la revolucion contenía ya diversos capítulos que Tiberio Graco no habia llegado á formular: se trataba de abolir la práctica de no reeligir á los tribunos, de hacer secreto el voto en los comicios, de volver su vigor á la comision distribuidora de tierras, de conferir en masa á todos los aliados itálicos el derecho de ciudadanía. El Senado luchaba contra aquellos agitadores á cuya cabeza estaban el cónsul Fulvius, Flaccus y Carbon, aunque este orador se pasó con armas y bagajes al campo aristocrático. El resultado más triste de estas agitaciones demagógicas, fué la insurreccion de la rica ciudad de Fregela, insurreccion ahogada al nacer y cuya consecuencia fué la reduccion de la ciudad rebelde, desmantelada, destruida y repartida entre otros pueblos, al estado de simple aldea como Capna.

El hermano de Tiberio Graco, Cayo, tomaba parte desde léjos en la lucha, porque el temor de los aristócratas lo retenia léjos de Roma, sin dejar por eso de pretender nulificarlo en su ausencia como con la acusacion de complicidad en la insurreccion de Fregela. Pero fué

todo en vano; faltando quizá á sus deberes abandonó su puesto en Cerdeña y se presentó en Roma á solicitar el tribunado á los nueve años de muerto su hermano. Nueve años precisamente era menor que Tiberio, y si no tenía ni la dulzura ni la tendencia al sacrificio de este, era en cambio un hombre de extraordinaria inteligencia y de un temple de alma superior á todas las adversidades. Su palabra arrebatada y fascinadora, su admirable talento político, su entusiasmo, su aptitud para encarnar en su propia persona aquella tumultuosa democracia, lo hicieron el gran precursor de Cesar, de la monarquía. Desgraciadamente la pasion que lo dominaba, el odio por los enemigos de su hermano, le privaban de la calma reflexiva que hubiere necesitado para consumir de una manera pacífica la trasformacion de la república en imperio, transformacion inevitable desde el dia que la corrompida plebe de Roma dominó como señora absoluta en la ciudad, desde el dia que la conquista del mundo exigió un centro de cohesion de prodigiosa energia para realizar la unidad de la obra de Roma.

Cayo, á pesar de los sabios consejos de su madre, mujer dotada de virtudes eminentemente nobles y teatrales, que aunque creia que la venganza era lo más bello y lo más grande «*pulcrum esse inimicos ulcisci*» siempre ponía por condicion, que con la satisfaccion de ese deseo no recibiese daño la república, á pesar de que tenía la seguridad de correr la misma suerte que su hermano, desde que en 123 a. J. C. obtuvo el tribunado, intentó realizar una reforma completa de la constitucion.

Una vez tribuno, su primer pensamiento fué consagrado á la venganza. Nos ha quedado un fragmento de la vehemente arenga que dirigió al pueblo para obtener dos leyes, una encamina-

da á herir á Octavio, el tribuno que se habia opuesto á Tiberio, y la otra que sujetaba al cónsul Popilius, el perseguidor de los amigos de su hermano, al juicio del pueblo. La primera ley fué retirada, la segunda pasó y Popilius se desterró voluntariamente. Esta ley tuvo de grave y de revolucionario, el efecto retroactivo que se le quiso dar. Los manes de Tiberio estaban aplacados; ahora se trataba de continuar y de engrandecer su obra. La ley agraria, ya casi sin objeto porque probablemente los terrenos del dominio público estaban repartidos, como lo prueba que el censo permaneció estacionario, cobró nuevo vigor; se estableció una distribucion periódica de trigo al pueblo, á bajo precio; á los soldados se les ministró gratuitamente el equipo; se estableció un derecho sobre las mercancías importadas, muy oneroso para los ricos se fundaron colonias para los ciudadanos pobres y se emprendieron grandes obras como graneros, calzadas, etc., para dar trabajo á los indigentes. En pos de las reformas sociales vinieron las políticas como la modificacion radical del voto de los comicios por centurias, de suerte que las altas clases cesaron de monopolizar el triunfo; reforma importantísima que daba la preponderancia al proletariado urbano que con el cebo de las distribuciones de que antes hemos hablado, se aumentaba todos los dias con masas de campesinos, clientela fiel de los agitadores. No era Cayo, sin embargo, un demagogo por el objeto que se proponía. Lo prueba la más seria de sus reformas políticas, la de conferir el poder judicial al orden de los caballeros, es decir, á los hombres que venidos del pueblo se habian puesto por las riquezas á la altura de los aristócratas. Ciertamente este era un mal para las provincias, porque de entónces en más, las exacciones de los

publicanos, que eran los agentes de los caballeros que arrendaban los impuestos provinciales iban á quedar impunes; fué en cambio el medio más apropiado para acabar de disolver á la aristocracia, creando al mismo tiempo un poder capaz de tener á raya la multitud y de resguardar la existencia social. El papel de los caballeros en la conspiracion [de Catilina demuestra esta verdad.

Si á esto se agrega que el tribuno quitó al Senado el conocimiento de muchos negocios graves y que proyectó introducir en aquel cuerpo aristocrático un gran número de caballeros escogidos por el pueblo, se comprenderá que la idea del célebre agitador, era la sustitucion del gobierno aristocrático con el de los tribunos á quienes todo quedaba supeditado. Y como entre los tribunos dominaba el favorito del pueblo, este era el verdadero rey de la ciudad y del mundo. Que llegara, pues, el momento oportuno y por medio de la reeleccion indefinida, del tribunado vitalicio, la República se convertiría en un Imperio.

De hecho era Cayo Graco un rey; le rodeaban masas inmensas de pueblo, de caballeros, de embajadores, de extranjeros distinguidos. Habia llegado el tiempo de dar un paso más. Después de obtenido un segundo tribunado Cayo presentó una rogacion para conferir el derecho de ciudadanía á los latinos y el latino á los aliados italianos. El Senado se consideró perdido si se adoptaba aquella medida. Siguiendo su táctica habitual, sobornó al tribuno Drusus, que se habia hecho popular, proponiendo medidas más liberales que las de Cayo, y con un veto detuvo la ley propuesta. Cayo, bajo cuyos auspicios habia comenzado la obra de la colonizacion de las provincias, queriendo aplazar la lucha civil que era

la consecuencia forzosa de aquella situación, marchó á Cartago á establecer la nueva colonia.—Livio Drusso ganó terreno entretanto y llegó á hacer desparecer temporalmente la rivalidad entre el pueblo y el Senado, proponiendo medidas sobre colonización y propiedad de los terrenos repartidos, eminentemente populares.

Cayo volvió á Roma á defender su obra; fué á vivir en el Palatino, el cuartel general de las insurrecciones populares, llamó en su auxilio á los latinos pero el nuevo cónsul Opimius, enemigo personal de Cayo los expulsó de la ciudad. El combate estalló con motivo de una investigación ordenada sobre la colonización de Cartago, obra tenida por sacrilega por los nobles. Graco marchó con todos sus partidarios, entre los que había muchos extranjeros, á defender la ley que creó la colonia.—Con cualquier pretexto se trabó la batalla. Los partidarios de Graco, gracias á las vacilaciones de su caudillo perdieron el tiempo en esfuerzos inútiles y á pesar de la heroica abnegación de algunos, Cayo se vió precisado á darse ó á hacerse dar la muerte por un esclavo.

La reacción fué terrible; las persecuciones contra los enemigos del tribuno fueron numerosas, la obra de colonización atacada y destruida en germen. Verdad es que el proletariado quedó en pie, así como las distribuciones al pueblo (*annonæ*), y otras muchas de las disposiciones tomadas por los Gracos. Pero de hecho el Senado recobró todo su imperio, volvió á desaparecer en los campos la clase de los propietarios pequeños, tornaron á estallar por donde quiera las insurrecciones de esclavos, y como los piratas inundaban el Mediterráneo, teniendo su principal refugio en Kilikia, esta comarca fué reducida á provincia romana.—Tras el

triunfo del Senado, se veía, como consecuencia de la obra de los dos Gracos, á quienes su madre lloraba académicamente en su espléndida *villa* del cabo Miseno, rodeada de personas notables, la dictadura militar y el imperio.—De hecho la República había muerto.

MARIUS.—*Yugurtha*—«Al recibir el último de los Gracos el golpe mortal, arrojó polvo al cielo y de ese polvo nació Marius,» ha dicho el gran agitador de las primeras horas de la revolución francesa. Efectivamente, Cayus Marius (no tenía tercer nombre, cosa muy singular entre los romanos) estaba destinado á detener la reacción aristocrática y á continuar la revolución haciéndola entrar en el período de sangre. Era Mario (1) un hombre rudo é iletrado originario de una aldea en el país de Arpinum.—Después de haberse distinguido á las órdenes de Scipion en Numancia, como soldado lleno de bravura, capaz de hacerse adorar del soldado é impasible ante las fatigas más crueles, obtuvo, dos años después de la muerte de Cayo Graco, el tribunado.—Una ley contra las intrigas de los candidatos le enagenó á los nobles, su oposición á una distribución gratuita entre el pueblo, le valió la desconfianza de los demagogos y llevó una vida bastante oscura hasta que Metellus le llevó á Africa como lugarteniente.

Se trataba de vencer, en una lucha penosa por todo extremo y no poco aventurada, contra los ágiles y bravos numidas, acaudillados por un hombre extraordinario por su astucia y por su audacia, *Yugurtha*, al través de las intrincadas comarcas del Atlas ó cruzando los larguísimos y abrasados arenales numídicos á orillas del inmen-

(1) Como nuestros lectores habrán advertido, después de indicar una ó más veces el nombre latino de los personajes históricos de que nos ocupamos, para seguir la costumbre, usamos también del nombre españolizado.

so desierto que devora el corazón del Africa. *Yugurtha* era un nieto de Massinissa, y en él parecían haberse reencarnado las cualidades asombrosas de su abuelo. El sucesor de Massinissa, dividió el gran imperio numida entre sus dos hijos y *Yugurtha*. (118 a. J. C.) A poco este mató á uno de sus coherederos y obligó á huir de su reino al otro. Adherbal, así se llamaba al despojado, fué á Roma á presentar sus quejas, pero el oro de *Yugurtha* había entrado en campaña y la comisión pesquisidora que nombró el senado aumentó á expensas de Adherbal la parte del altivo numida en el imperio. Poco tiempo después Adherbal se veía obligado á refugiarse en Cirtha (la actual Constantina.) Volvió otra comisión de Roma, á cuyo frente estaba Scaurus, hombre de gran talento, pero corrompido, y que era la más alta ilustración de la reacción aristocrática; el oro de *Yugurtha* lo obligó á retirarse, Cirtha fué tomada y Adherbal asesinado. (112) En vano estalló en Roma una espantosa indignación: el nuevo cónsul vendió la paz y solo cuando estuvo colmada la medida se envió á un hombre suficientemente enérgico para obligar á *Yugurtha* á ir á defenderse á Roma. El audaz guerrero no vaciló en presentarse al pueblo, en donde los tribunos por él sobornados lo sacaron adelante: lleno de audacia hizo asesinar en la misma Roma á un nieto de Massinissa y cuentan que cuando arrojado por un decreto, salió de Roma, exclamó: «ciudad venal, un comprador es todo lo que te falta.»

La guerra empezó mal y en 109 las legiones se vieron obligadas á evacuar la Numidia después de haber pasado bajo el yugo. Entonces se hizo cargo de la campaña un austero y valiente patricio, Cecilius Metellus, que llevó consigo á Marius. Restableció la disciplina y comenzó á perseguir con tan buen

éxito á *Yugurtha*, que apoderándose de las principales plazas de la Numidia, obligó á su adversario á emprender la guerra de guerrillas. Fué esta penosísima, por los multiplicados accidentes de la región en que tenía lugar, entre las dos cordilleras paralelas del grande y pequeño Atlas, unidas entre sí por cordilleras transversales. *Yugurtha* deseaba la paz sin poderla obtener.

Por este tiempo Mario, quiso presentar su candidatura al consulado: el orgulloso Metelo se burló de la pretensión del plebeyo, diciéndole que sería tiempo de presentarse cuando el hijo de Metelo tuviera la edad. Profundamente herido en su amor propio, Mario, juró un odio mortal á su jefe y gracias al patrocinio de la facción popular obtuvo el consulado, é inmediatamente dió entrada en las legiones, en que hasta entonces solo habían servido ciudadanos, á los italianos y á los proletarios; revolución de gravísima trascendencia que iba á convertir á los soldados de la patria, en ciegos instrumentos de los generales afortunados.

Cuando Mario reemplazó á Metelo, *Yugurtha*, que se había refugiado entre los *gétulos* más allá del Atlas, había formado con estos hombres un numeroso ejército y aliado con su suegro Bocchus rey de la Mauritania, se presentaba más amenazador que nunca. Mario y su joven lugarteniente Sylla, de la noble familia de los Cornelios, se apoderaron de la plaza en que el numida guardaba sus tesoros y cuando ya no quedaba á los africanos, esperanza de vencer remezaron á tratar con Bocchus. Sylla, se encargó personalmente de la negociación; el moro entregó á su yerno á quien Sylla condujo encadenado al través de todo su antiguo reino. La guerra estaba terminada; la provincia romana de Africa aumentada y el resto dejado en manos seguras. *Yugurtha*